

El Umbral del Susurro

Elpis dnóphos

No estoy segura de si me perdí al adentrarme en el bosque, o si fue cuando dejé de reconocer el eco de mis propios pensamientos. Algo en mí se deshilachaba suavemente, como una hebra de seda arrancada del telar del alma. El aire tenía el peso del olvido, y la niebla —esa anciana de dedos fríos— se aferraba a mis tobillos con la ternura insistente de quien no quiere dejarte ir.

Mis pasos eran errantes, pero no erraban. Había en cada hoja caída, en cada rama quebrada, una promesa, un susurro que parecía conocer mi nombre antes de que yo misma lo recordara. Caminaba entre árboles que no tenían tiempo, bajo un cielo que no cambiaba de rostro. No era de día ni de noche: era *entre*. Sentía que el bosque me estaba pensando.

Y entonces lo vi.

Un arco de piedra se alzaba en un claro inverosímil. Cubierto de musgos oscuros como secretos no confesados, parecía haber brotado de la misma entraña de la Tierra. Sobre su cima, tallada en una lengua que jamás aprendí y sin embargo entendí, una frase: *"Solo quien ha muerto puede cruzar sin temblar."*

Yo temblé. Pero crucé.

Al otro lado no había mundo, sino algo más antiguo. Era un paisaje nacido del sueño de un dios exiliado, donde la geometría se olvidaba de sí misma. Montañas que lloraban, ríos que se deslizaban hacia el cielo, y un firmamento púrpura que cantaba en notas graves los nombres de cosas que no existen. No había tiempo. Solo tránsito. Era como caminar dentro de una pintura hecha por alguien que había olvidado cómo era el mundo real, pero recordaba cómo dolía.

Allí conocí el primer círculo: los del silencio razonado. Aquellas almas que pensaron demasiado y sintieron demasiado poco. Caminaban envueltas en velos que tapaban sus ojos y bocas, como si temieran que una palabra más pudiera hacerlos estallar. "Nos perdimos buscando certezas", me dijo una figura de voz quebrada. "Y ahora somos eco sin origen." Tenían rostros vacíos, pero sus sombras susurraban plegarias con acento de ciencia.

En el segundo círculo, hallé a las amantes de lo irreal. Mujeres de ojos sin iris que se abrazaban a figuras incorpóreas, sombras suaves, como si fueran amantes ausentes o memorias nunca vividas. "Fuimos fuego," me decían entre susurros, "y nos consumimos amando reflejos en el agua." Algunas aún reían, pero sus risas sonaban como vasos rompiéndose. Acariciaban el aire con dedos

huecos, como quien aún cree que el amor puede reconstruir lo que el tiempo ha olvidado.

Entonces, ella apareció. Mi guía. No un ángel, ni una bestia, sino algo en medio. Tenía alas negras como promesas rotas y caminaba sin tocar el suelo. Su silueta temblaba, como si estuviera hecha de humo sujetado por voluntad. No hablaba, pero su sola presencia me empujaba a avanzar. Le di un nombre: *Virgilia*, aunque no sé si lo aceptó. Me condujo a través de senderos que serpenteaban entre ideas olvidadas por los dioses. Sentía que cada paso que daba era un recuerdo de otro yo que aún no había vivido.

Pasamos junto a un estanque donde flotaban pensamientos no pronunciados. Era un lugar donde las ideas abortadas de la creación latían como corazones sin cuerpo. Me incliné sobre sus aguas y escuché oraciones que nadie escribió, gritos de luz y geometría, poemas sin lengua. Supe entonces que el universo no está hecho de materia... sino de preguntas sin respuesta.

Y al fin, en lo más profundo, donde la realidad era apenas una idea mal tejida, encontré un espejo.

Pero no era tal. Era un lago sin fondo, quieto como el juicio final. Me acerqué, y lo que vi no fue mi reflejo, sino *una versión de mí* que nunca conocí: con ojos que sabían demasiado, con sonrisa de quien ya ha cruzado todas las puertas. Llevaba mi rostro como una máscara, pero sus gestos eran de algo más viejo, más grande, más *verdadero*. Comprendí entonces lo que ninguna palabra puede contener sin quebrarse: yo no fui arrastrada a este lugar.

Yo lo busqué.

Yo lo elegí.

Porque toda mujer que interroga la noche, que se atreve a mirar más allá del velo del mundo, acaba aquí. No como castigo. Como consecuencia.

Y he vuelto. Pero la que escribe ya no es la misma. Algo duerme en mí, y a veces se despierta. Cuando la luna está hueca, cuando los relojes callan, cuando mis manos escriben sin que yo lo ordene.

Si alguna vez lees estas palabras, ten cuidado. No son advertencia, ni profecía. Son semilla.

Porque hay un jardín más allá de lo real, donde florecen verdades demasiado hermosas para la cordura. Y si alguna vez escuchas el susurro que me llamó...

...sabrás que es tu turno de cruzar.